

PIERRE KLOSSOWSKI: COMPRENDER CON EL CUERPO

Benjamín Valdivia

www.valdivia.mx

En su proveya vida de nonagenario, Pierre Klossowski impuso a varias generaciones una visión del mundo que insistió en la trascendencia epistemológica de lo corpóreo, un cierto modo de incluir la corporalidad en la existencia en que lo esencial se va verificando en una revelación sorprendente del nudo de todas las posibilidades. Mas la presencia de lo material se reúne ávidamente a la palabra; porque se trata de materia nombrada (o, al menos, nombrable). Toda la conceptualización occidental sobre las diferentes atmósferas de la cultura, desde la política hasta la religión, desde la ciencia hasta el arte, se tamizan, en su manifestación de evidencias sensibles, de apuntamientos verbales. Las cosas, los cuerpos, son los cómplices del pensamiento; y el decir cumple la mítica labor de su celestinaje.

Decir el pensamiento; indagar con las palabras; señalar la vida. En sus facetas de pintor, de literato o de filósofo, Klossowski nos permite entrever que hay algo turbio, indefinido, en nuestra relación con la materia. Son esas cosas que solamente el cuerpo es capaz de comprender. Y no cualquier cuerpo, sino el avezado en interrogar al mundo (no sólo disfrutarlo). El ejemplo más nítido de ese afán de saber lo que está en juego en la materia es el esposo de Roberte, su personaje-clave —para más señas Roberte está

representada en el cine por la esposa del autor—, el cual busca saber cómo es ella en los instantes en que él no está presente, aunque en realidad quiere estar presente para saberlo. Por eso entrega la esposa al visitante, para sorprenderla y sorprenderse de los alcances del mundo de ella que él no puede alcanzar. La paradoja de la certeza y el ocultamiento es explorada con asiduidad para extraer de lo oscuro esa luz negra que allanará la vida del que desea saber por medio de la presencia corpórea. Eso sucede en su novela *El Baphomet*, cuando en el cuerpo espiritual se encuentran santa Teresa y Guy de Molay.

El proyecto de apropiación del mundo que plantea Klossowski en los matizados planos de su creatividad atañe en mucho a lo que se entiende por imagen. La imagen es el pasaporte del mundo hacia nuestra interioridad (esto es: no nos instalamos una montaña en el cerebro, sino la imagen de una montaña); tal cosa es válida incluso en el suceso de la alimentación, puesto que los sabores suplantando a la masa deglutida, la cual pasa a formar una oscura sinestesia de la presencia de algo que ubicamos en la bruma de la conciencia como sustancia sucesiva en las partes formantes del recorrido digestivo. Así, la sensación es el vehículo de la constancia corporal; y la imagen es la suplantación del mundo en los sentidos. La palabra sería la suplantación de la imagen. El procedimiento lo analiza Klossowski detenidamente —y en toda su complejidad— en su ensayo “El filósofo malvado” (“Le philosophe scélérat”): la experiencia del cuerpo nos otorga una certeza que no podemos transferir a las palabras de la comunicación convencional, por lo que “la comunicación convencional se vuelve ‘ilegible’ cada vez que la experiencia comunicable se afirma”. Decir el pensamiento sería siempre una reiteración de lo mismo; y una mera vía. O “preparación”, como prefiere Klossowski.

La realidad de la materia, al igual que la realidad literaria, se postula en nosotros mediante imágenes que resultan descritas con palabras que son meras preparaciones. Pero, ¿preparaciones de qué o para qué? Debemos decir que lo preparado por la imagen es la *comprensión*. La realidad, que consiste en la aproximación, contacto y entrecruzamiento de los cuerpos, es designada imágenes que entregan al mundo de modo incomunicable. Para sacar al mundo de su estatuto de imagen sensible incomunicable, contamos con dos recursos, uno externo —la palabra— y otro interno —la comprensión—, los cuales buscan su aproximación, su contacto y entrecruzamiento, como si fueran el mundo mismo. Es por eso que las palabras quieren dar a entender nuestros pensamientos y nuestros pensamientos buscan tocar el mundo entendido mediante las palabras. Las cosas dejan de ser lo sensible y se aproximan (se “preparan”) a ser *comprensión*. Klossowski lo expresa así, en el mismo ensayo aludido arriba: “esta figura que determina el trastocamiento de la pasividad sensible en intelección activa”. Lo que era cuerpo se vierte en intelección. Porque conocer es una forma de transgredir: el cuerpo humano, al aproximarse, tocar y entrecruzar los otros cuerpos, los transgrede (los conoce) y cambia su estatuto de cuerpos sensibles en figuras intelectivas. A la vez, nuestros sentidos enmascaran lo que figuran y se niegan a sí mismos como sentidos, pues nos hacen *comprender*. Entonces, concluye Klossowski, “el acto de transgresión por excelencia encuentra su imagen complementaria”.

Hay que notar que el proceso dialéctico por el cual los cuerpos devienen sensibilidad y la sensibilidad comprensión no es, ni mucho menos, un suceso automático, puesto para todos en la naturaleza o que se presente sin dedicación alguna por parte del sujeto. Por el contrario, es un estado perseguido con ahínco y conformado por una *élite cerrada*: aquella de los que *comprenden*. En la medida en que ese acto de inteligencia

derivado de la “preparación” sensible es una transgresión, sería de esperar que todo conocimiento sea una violencia de sus objetos; y, en tal caso, una perversión. El que más sutilmente filosofa es aquel que más arduamente transgrede, pues el mundo generalmente sensible quedará cada vez más lejos de su comunicación, de su puesta en común, y se volverá más privado, más personal, y representará una imagen *propia* de un mundo que nadie más podrá *comprender* (sino suplantando su cuerpo con *el otro*, como hace el libertino). En eso estriba “la primacía de lo imaginario sobre lo racional”, puesto que el goce de los sentidos se vuelve algo representado, “preparado”, que no es ya el ejercicio de los sentidos sobre los cuerpos, sino la suplantación de los cuerpos por su imagen en vistas a la comprensión, pues “aunque el perverso sienta la *alteridad* del cuerpo extraño, lo que mejor siente es el cuerpo *ajeno como si fuera el suyo*” y, así, sustituye la realidad sensible de ambos cuerpos por una imagen de busca comprender la semejanza de los dos: la mismidad de la alteridad, lo cual es una sutileza intelectual que suplanta al propio cuerpo y al otro: la inteligencia suple a los sentidos, pero la imagen determina la racionalidad.

Esos pocos transgresores que no se agotan en la corporalidad pero la sitúan como eje imaginario de la razón que quiere entender están poseídos por un deseo funesto. *Un si funeste désir* es el título de una serie de ensayos sobre esa vía transgresora, perversa, incluso demoníaca en el sentido klossowskiano. En esa serie se atiende al esclarecimiento de una escondida relación entre el lenguaje, la teología y el arte, atisbando temas de Nietzsche, Gide o Bataille, entre otros. Mas, en lo que corresponde a nuestro asunto, un punto crucial es la delimitación del papel de la ciencia frente al arte o la religión. Nuestro pensador aprovecha algunas precisiones nitzscheanas para decirnos que la ciencia no ve parte alguna de lo eterno ni de lo existente, sino sólo de lo “devenido” y lo histórico; la

ciencia “no puede sino detestar esas fuerzas *eternizantes*, esas fuerzas del *olvido*”, que son la religión y el arte, en la cuales se confunden todos los tiempos. Si trazamos un vínculo a lo que observábamos en torno a esa transgresión que es el conocimiento, la ciencia sería un movimiento opuesto a la transgresión: cree que el mundo se presenta en su mismidad y que permanece intacto: cree que estudia *el mundo*, y no *la imagen* del mundo. Pero la religión y el arte atienden, desde luego, a la imagen. La persistencia y el olvido, respectivamente, nos ponen frente a las sutilezas del pensamiento: la religión se ocupa de hacernos entender lo que escapa a nuestros sentidos por su constante omnipresencia (como la oscura sinestesia digestiva) o lo que escapa a nuestros sentidos por su constante fugacidad (como el reiterado sentir la aproximación, contacto y entrecruzamiento de los objetos).

En la teología de Klossowski, teología radical por cierto, no deja de haber cierto erotismo: todo se concatena en una lógica impecable, aquella del pensador perverso que transgrede el mundo con la sutileza del intelecto sometido a la imagen. Es el demonio de la inteligencia que suplanta los cuerpos que en la realidad se mueven en un continuo que la inteligencia fragmenta. La imposición de la imagen a la razón que suplanta el mundo no debemos llamarla imposición, sino impostura, como lo hace Klossowski. El libertino se suplanta a sí mismo en *el otro* cuando entrega a Roberte para conocerla totalmente (cómo es ella con el otro cuando él mismo no está). En esa acción de huésped se cumple la ley transgresora y suplantadora del funesto deseo: ¿cómo soy yo en los cuerpos cuando no soy yo mismo sino el otro que hace revelar lo que para mí mismo estaría vedado? Le impone al cuerpo ajeno —a saber, el de Roberte— una sutileza del intelecto que tiene el deseo funesto de conocerla de un modo que él mismo no podría alcanzar: *comprender* mediante *el otro* la imagen que la inteligencia desea imponerle a Roberte. Imposición que es, como queda

dicho, impostura. Y, en la voz literaria, impostación. Toda obra literaria es transgredida por la inteligencia que la cruza y que la hace impostada: simulacro de mundo mediante las palabras.

A mi ver, no todo es desastre en ese simulacro de las palabras, las imágenes y las comprensiones. No todo es desastre, aunque todo sea perversión. Y no todo lo es porque considero que esa transgresión no revela solamente la imposibilidad de la ciencia y la incomunicabilidad de la experiencia corpórea (de la cual tenemos una certeza total), pues se revela a la vez la capacidad humana de alcanzar lo que se pretende; o, incluso, se revela el acto mismo de pretenderlo. Al ser capaces de imaginar y de transgredir y de sentir ciertamente, demostramos que la libertad es activa. Sin duda es una actividad conducente a la duda o al mal, pero su agitación hace que el mundo se mueva también y renueva el ciclo eternizante del olvido: sentir otra vez, imaginar otra vez, *comprender*. Ese entender suplantatorio es perverso y, en términos religiosos, que tanto importan a Klossowski, demoníaco. Nos dice: “Demoníaco, el espíritu debe tomar un ser distinto al suyo [...] para conocer su propia contradicción”. Citando a Tertuliano, afirma que “el demonio es esencialmente el simulador”. Ese simulador quiere “desviar al hombre de la experiencia de lo concreto”. Es decir, lo impulsa a la *comprensión*, que, como se ha visto, es la máscara razonable del entrecruzamiento *sentido* de los cuerpos.

Si no deseáramos saber, lo funestamente demoníaco estaría lejos de nosotros. Por fortuna, la masa no es igual a los pocos. Y el funesto deseo se reparte equitativamente entre esos cuantos que no se agotan en “la experiencia de lo concreto”. La ciencia, en sus pretensiones de concreción, muestra que no ha sido tocada por el diablo. Aunque, como es el gran simulador, tal vez ha impuesto en *el otro* (en este caso el científico) la imagen de

que la ciencia no se separa de lo concreto. La religión y el arte serían, por excelencia, las actividades de la simulación, pues ambas se ofrecen como “preparaciones”, como mundos de comprensión alternativos al material concreto: “el arte es un simulacro, y el artista un simulador, particularmente aquél que usa del lenguaje”. Como el lenguaje es señalamiento, la Palabra de Dios estaría en el mismo papel de simulacro; y “el remonte de la memoria suplanta del mejor modo posible al acto religioso. Querer *comprender* a Dios o producir la imagen artística serían las actividades demoníacas por antonomasia. El demonio es el “agente de desdoblamiento”. Lo cual nos lleva a una última expresión: comprender con el cuerpo habrá de ser la vía religiosa más avanzada; desear comprender es, desde ya, una cosa del demonio.